

## CAPÍTULO IV

---

El señor Champagnat es nombrado coadjutor de Lavalla. Estado de la parroquia.  
Reglamento de vida. Respeto y docilidad al señor cura párroco.  
No emprende nada sin antes habérselo consultado.  
Trata de conocer la situación de sus feligreses y se esfuerza en ganar su confianza

Poco después de ser ordenado, el señor Champagnat<sup>1</sup> fue destinado como coadjutor a Lavalla<sup>2</sup>, parroquia populosa situada en el cantón de Saint-Chamond (Loira). Sin dilación se dirigió a su destino. Penetrado de sentimientos de humildad, al divisar el campanario de Lavalla<sup>3</sup>, se hinca de rodillas, pide a Dios perdón de sus faltas y le suplica que no sean obstáculo a la eficacia de su ministerio. Luego consagra a Jesús y María las almas que le han sido confiadas, rogándoles que bendigan sus trabajos y todo lo que emprenda para gloria de Dios y salvación de las almas.

La parroquia de Lavalla, situada en las laderas y gargantas de los montes Pila, es una de las más difíciles y duras para el apostolado. La población, de unas dos mil almas<sup>4</sup>, está diseminada en su mayoría en profundos valles o escarpadas montañas. Es imposible hacerse una idea exacta de la orografía de esta parroquia. Por dondequiera que se vaya, todo son subidas y bajadas, rocas y precipicios. Algunos caseríos, hundidos en las profundas gargantas del Pila, a hora y media de la iglesia parroquial, se hacían entonces casi inaccesibles por falta de caminos.

Los vecinos de Lavalla eran gente buena y muy creyente<sup>5</sup>, pero sencillos e ignorantes. Su ignorancia se debía a causas diversas, la principal de las cuales provenía de la orografía misma de la región: la mayor parte de sus habitantes se hallaban dispersos y perdidos en lugares alejados y de difícil acceso y rara vez acudían a la iglesia. El párroco, aunque lleno de buena voluntad, no tenía demasiadas simpatías. Un defecto en el habla le impedía instruir debidamente al pueblo, de modo que sus instrucciones resultaban aburridas y, por ello, poco eficaces para sus oyentes. Para colmo de males, no había maestro<sup>6</sup>. Ése era el panorama material y moral de la parroquia a la que llegó el señor Champagnat. Pero esta situación no le arredró. Puesta su confianza en la Providencia, empezó inmediatamente a roturar la parcela que le había sido encomendada. Antes de entrar en detalles acerca de su actividad, vamos a conocer el reglamento que se trazó en el retiro preparatorio a su ordenación sacerdotal y que siguió mientras fue coadjutor en Lavalla.

*“Señor, todo cuanto hay en cielo y tierra te pertenece. También yo quiero ofrecerte como oblación voluntaria para hacer en todo tu santa voluntad y trabajar eficazmente en mi propia santificación y en la de las almas que me has encomendado. Para ello prometo ser fiel a lo que sigue:*

1. Haré al menos media hora diaria de meditación y en cuanto me sea posible, al levantarme, antes de salir de la habitación.

2. Nunca haré la meditación sin haber previsto el tema y sin haberme preparado bien.

3. Nunca celebraré la santa misa sin haberme preparado antes al menos durante un cuarto de hora. También dedicaré un cuarto de hora, al menos, a la acción de gracias después de la misa.

4. Una vez al año leeré las rúbricas del misal<sup>7</sup>.

5. Haré una visita al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen a lo largo del día.

6. Cuando salga para ir a ver a un enfermo, o por cualquier otro asunto, visitaré también al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen. Asimismo al regreso, para agradecer a Dios las gracias que me conceda y pedirle perdón por las faltas en que haya podido incurrir.

7. No omitiré el examen de conciencia a la caída de la tarde.
8. Cuando en el examen advierta que he incurrido en maledicencia, me daré tres golpes de disciplina. E igual penitencia cuando haya sido vanidoso en mis palabras.
9. Diariamente dedicaré una hora al estudio de la teología.
10. No pronunciaré ninguna homilía sin haberla preparado anteriormente.
11. Recordaré siempre que llevo a Jesús en mi corazón.
12. En todos mis actos mantendré la presencia de Dios y pondré sumo cuidado en huir de la ligereza.
13. Pondré cuidado especial en adquirir la virtud de la mansedumbre. Y, para ganar más fácilmente al prójimo para Dios, trataré a todos con gran bondad.
14. Una parte de la tarde la emplearé en visitar a los enfermos de la parroquia, si los hubiere.
15. Después de misa estaré a disposición de quienes quieran confesarse. El resto de la mañana lo dedicaré al estudio, si no me reclaman otras funciones de mi ministerio.
16. En cuanto a las comidas, los ocios y demás ejercicios del día, seguiré, en cuanto de mí dependa, el reglamento del seminario mayor.
17. Una vez al mes leeré este reglamento y estas resoluciones.
18. Cada vez que me dé cuenta de haber quebrantado algún punto relativo a los ejercicios de piedad, me disciplinaré, uniéndome así a los sufrimientos de Jesucristo. Con esta disciplina quiero hacer un acto de amor y de fe. Y suplicaré a María que haga grato a la Santísima Trinidad este acto insignificante.”<sup>8</sup>

Para completar este programa añadiremos que se levantaba habitualmente a las cuatro. Hacía la meditación y pasaba a la iglesia para celebrar la santa misa<sup>9</sup>, a no ser que algún imprevisto le obligase a retrasarla. El día transcurría entre la oración, el estudio y las actividades propias de su ministerio. Salía poco, a no ser para visitar a los enfermos o practicar otras obras de caridad. Tomaba el recreo con el señor cura párroco y, si no podía, se ocupaba en el trabajo manual. Se acostaba ordinariamente entre nueve y diez de la noche.

\* \* \*

En la diócesis de Lyon, los coadjutores acostumbran a vivir y alojarse en compañía del párroco. Hermosa costumbre que fomenta no poco la unión y caridad sacerdotales entre los clérigos de la misma parroquia. Sirvió de gran consuelo al señor Champagnat vivir continuamente con su párroco y tenerlo como guardián de su actuación, poder aprovecharse de su experiencia y formarse bajo su mirada y dirección en las sublimes funciones del ministerio sagrado. Siempre le profesó el respeto más profundo y la máxima adhesión, que manifestaba ante los feligreses cuando se presentaba ocasión. Nunca hizo nada sin consultarle ni emprendió obra alguna sin recabar su parecer y obtener consentimiento para sus proyectos. Estaba siempre disponible; siempre pronto para sustituirlo cuando había que llevar el viático a los enfermos que se encontraban en los caseríos más lejanos, o en las funciones más pesadas del sagrado ministerio. Pero puso particular empeño en granjearle la estima y el afecto de los feligreses. Siempre y en todo se ponía de su parte, sostenía su autoridad, justificaba su actuación ante la gente que lo censuraba. Incluso en los casos en que el párroco no tenía razón, sabía buscar disculpas dando hábilmente un giro favorable al asunto. Aunque a veces tenía motivos para quejarse de él, como veremos más adelante, jamás se apartó de esta línea de conducta. Permaneció siempre a su lado, dándole continuas muestras de respeto, sumisión y atenciones, siempre solícito en complacerlo y servirlo. Al llegar a Lavalla, el

señor Champagnat se confió a él como a un padre y le rogó que no escatimase avisos y consejos, que tuviera a bien indicarle sus faltas y corregirle sus defectos.

El buen párroco, a su vez, recibió una preciosa ayuda en este delicado asunto. Pues, a pesar de sus buenas cualidades, tenía la deplorable costumbre de dejarse llevar de la bebida<sup>10</sup>. Desgraciadamente, esta debilidad, tan grave en un sacerdote, no podía pasar inadvertida, y el señor Champagnat, testigo del daño que esto causaba al señor cura y del escándalo que producía en la parroquia, estaba profundamente afligido. Con respeto y caridad, tomó los medios que estaban a su alcance para detener el mal. Primero con fervorosas plegarias para conseguirle la gracia de que pudiera corregirse de tan grave defecto. Le hizo luego respetuosas advertencias y llegó incluso a privarse totalmente él mismo del vino para animarle con su ejemplo a la sobriedad. Si no consiguió corregirlo totalmente de su mala inclinación, al menos le cupo la satisfacción de preservarlo de numerosas faltas y hacerle evitar muchos excesos.

Convencido de que para realizar el bien y ganar a los hombres para Dios hay que conseguir su afecto y cariño, el señor Champagnat se esforzó desde su llegada a Lavalla por ganarse la confianza de los vecinos de la parroquia. Su carácter alegre, franco y abierto, su aspecto sencillo, modesto, franco, bondadoso y noble a la vez, contribuyeron no poco a lograrlo. Al pasar por las calles, al tropezarse con alguien, tenía siempre una palabra amable, un cumplido o una palabra de consuelo, de aliento o de encomio. Campechano con todos en la conversación, sabía ponerse a la altura de su interlocutor y amoldarse a su modo de ser, ponerse en su lugar y compartir sus puntos de vista. Y cuando había preparado así su ánimo y su corazón<sup>11</sup>, concluía la charla con una palabra edificante, un buen consejo o una suave reprensión, según las circunstancias. Cuando se encontraba con niños, a menudo se detenía para dirigirles una palabra de aliento, acariciarlos, darles una estampa o preguntarles el catecismo.

Lleno de atenciones y miramientos para con los ancianos, de condescendencia y tolerancia con los jóvenes, de caridad y compasión con los pobres, de bondad y afabilidad con todo el mundo, se hacía todo para todos para hacerles atractiva la religión y ganarlos para Jesucristo<sup>12</sup>. Pero lo que más le ayudó a ganarse el afecto y la estima de los feligreses fue su comportamiento ejemplar, su virtud, piedad, regularidad y exactitud en el cumplimiento de sus deberes. Se hallaba siempre dispuesto y se mostraba siempre complaciente cuando se reclamaban sus servicios o lo llamaban a la iglesia o a la cabecera de los enfermos.

\* \* \*

Ante todo, procuró conocer a fondo la idiosincrasia de los vecinos de Lavalla, su carácter, sus cualidades, vicios y defectos, los abusos y desórdenes que reinaban en la parroquia. Después de conocer suficientemente todo esto, se recogió ante Dios, preparó su plan de actuación y perfiló sus proyectos con suma prudencia para corregir los abusos, reformar las costumbres y hacer florecer la piedad y la virtud y hacer accesible su ministerio a todos para realizar el mayor bien posible. Como ya hemos insinuado, antes de emprender cualquier acción, procuró someter al párroco todos sus proyectos, escuchar su parecer, ponerse en todo de acuerdo con él y someter a su aprobación cuanto se proponía en bien de la parroquia. Es evidente que al obrar de este modo no hacía más que cumplir con su deber. Pero queremos subrayar que le gustaba de modo especial la sumisión, que profesaba profundo respeto a los superiores y que nunca proyectó ni llevó a cabo una obra guiado de su propio criterio, sino de acuerdo con las intenciones y la voluntad de aquéllos. Su consigna era que el celo, para que sea grato a Dios y provechoso al prójimo, debe estar guiado por la obediencia. Hubiera preferido abandonar un proyecto, dejar una obra buena antes que emprenderla contra la voluntad de los superiores o sin su conformidad.

Más aún: no contento con obtener la aprobación general de cuanto realizaba, seguía las insinuaciones y los consejos de los superiores en los detalles de su actuación,

convencido de que ése era el medio más idóneo para purificar su celo, no dejarse llevar por motivos humanos y para atraer las bendiciones de Dios sobre su trabajo.

\* \* \*

Los primeros beneficiarios de su celo fueron los niños<sup>13</sup>. Desde el día<sup>14</sup> de su llegada a Lavalla empezó a pensar en la fundación de los Hermanos. Mas, para no interrumpir la narración de esta obra tan importante, daremos antes a conocer lo que hizo por la parroquia.

Convencido de que los principios recibidos en la infancia conforman el resto de la vida, se preocupó ante todo de los niños, de darles un conocimiento sólido de los misterios y las verdades religiosas, de formarlos en la virtud y habituarlos a las prácticas cristianas de piedad. Se ofreció a dar la catequesis y lo hizo puntualmente todos los domingos. Y durante el invierno, casi a diario. Su modo de exposición era sencillo y coloquial. Primero preguntaba los contenidos y hacía que los aprendieran de memoria los que sabían leer y se los repetía a quienes no sabían. Luego, por medio de preguntas sencillas, les explicaba el sentido. Todos lo escuchaban con sumo gusto, pues tenía especial talento para cautivar la atención y hacer comprender cuanto enseñaba. Los ojos de su menudo auditorio estaban clavados en él sin pestañear, pues conseguía captar su interés y excitar su curiosidad por medio de comparaciones e historietas relativas al tema tratado. Para avivar la emulación planteaba a veces la misma pregunta a varios niños, o de forma distinta, y cuando habían respondido todos los que habían sido preguntados, destacaba la respuesta mejor y dirigía un pequeño elogio al interesado. Por lo demás, se cuidaba mucho de no poner en aprieto a los niños; al contrario, los ayudaba a encontrar la respuesta y, cuando los veía nerviosos, los animaba y sugería la respuesta.

Aunque era bondadoso y fácilmente asequible, mantenía una actitud digna y seria, tanto por el respeto debido a la palabra de Dios y a la santidad del lugar sagrado en que la impartía, como para mantener a los niños en silencio, recato y respeto debidos. Logró alcanzar tal ascendiente entre todos, que bastaba una palabra de censura o el más ligero castigo para contener a los más atrevidos y hacerse respetar por los demás<sup>15</sup>. Cierta día, un niño se permitió reírse y molestar a un compañero. Lo llamó y le mandó ponerse de rodillas en medio del presbiterio. El niño obedeció y se mantuvo de rodillas sin apenas moverse, con gran edificación de todos, y continuó en la misma postura e idéntico recogimiento y respeto una vez terminada la catequesis. Cuando todos sus compañeros se marcharon, el señor Champagnat, conmovido por semejante actitud, se le acercó, lo tomó suavemente del brazo para levantarlo, elogió su docilidad y lo invitó a irse.

La bondad que mostraba a los niños, el prestigio y la autoridad que se granjeó entre ellos y la atención que le prestaban causó tal impresión entre la gente que muy pronto se difundió por la parroquia que el nuevo coadjutor era un catequista consumado y un auténtico amigo de los niños. Rara vez se veía obligado a castigar; su método consistía en estimular a los niños por el sentimiento, la emulación, las recompensas y los elogios oportunos. Los premios que daba consistían en estampas, máximas escritas, rosarios y cosas parecidas. Aunque estos objetos carecían de valor material, los apreciaban como perlas y quienes tenían la dicha de hacerse con uno de ellos, lo guardaban con cuidado.

Para que la catequesis resulte provechosa a los niños, hay que hacérsela amena. Eso lo consiguió a maravilla el señor Champagnat. Así tuvo la satisfacción de ver cómo los niños asistían con gran asiduidad a su catecismo. Ni el frío, ni la nieve, ni la lluvia... nada era capaz de arredrarlos cuando tenía que ir a la catequesis. Algunos se hallaban a una hora, hora y media y hasta dos horas de la iglesia: eso no era obstáculo para que llegasen siempre antes de empezar la catequesis, que comenzaba muy temprano. Sucedió a menudo que antes de amanecer ya se hallaban algunos a la puerta de la

iglesia. En una ocasión unos niños, engañados por la claridad de la luna, salieron demasiado temprano, caminaron una legua y llegaron a la iglesia antes de que abrieran. Cuando poco después llegó el señor Champagnat, con su linterna en la mano, para celebrar la misa, quedó sorprendido al ver un grupo de personas a la puerta. Al acercarse y ver que se trataba de los niños de la catequesis, se sintió emocionado. Después les abrió la puerta y entraron con él. Al ver que se ponían de rodillas en un lugar expuesto a la corriente cuando se abría la puerta, bajó del altar para decirles que se acercaran y se colocasen en un lugar más conveniente. Terminada la misa, explicó como de costumbre el catecismo y elogió públicamente el entusiasmo y la asiduidad de aquellos niños para estímulo de los demás. Les recomendó, sin embargo, que no volvieran a salir de sus casas tan de mañana, no fuera a sucederles algún percance desagradable.

No limitaba su solicitud a los niños que se preparaban a la primera comunión. Instaba para que le enviaran a los más chicos. Pero previendo, con razón, que muchos padres, especialmente los que vivían lejos de la parroquia, desoyeran sus recomendaciones debido a un cariño exagerado para con sus hijos o por excesivo miedo a los accidentes que pudieran producirse, se valió de un nuevo recurso para atraer a esos niños a la catequesis. Prometió recompensar a quienes le trajeran a un niño pequeño. Esta piadosa estratagema alcanzó gran éxito. Desde el día siguiente varios niños acudieron gozosos y presurosos a la catequesis llevando quién a su hermanito, quién a su primito, aquél a un compañero o vecino con el compromiso de cuidarlo y devolverlo sano y salvo a su mamá. Las recompensas prometidas no se hicieron esperar; y la forma de entregarlas sirvió de estímulo para despertar en el corazón de todos el deseo de alcanzarlas trayendo a un amiguito.

Pronto la asistencia fue tan numerosa que la catequesis alcanzó a todos los niños de la parroquia. Sin duda que el celo del señor Champagnat se vio satisfecho. Dios quiso recompensárselo muy pronto: uno de los niños que se preparaba a la primera comunión<sup>16</sup> se presentó un día con su hermanito y solicitó la estampa prometida, que recibió inmediatamente. ¿Quién era aquel niño tímido, lleno de candor e inocencia, que acababan de presentarle? Se trataba de Gabriel Rivat, el futuro Hermano Francisco<sup>17</sup>, su inmediato sucesor al frente del Instituto.

Las catequesis del señor Champagnat eran tan interesantes que muy pronto llamaron la atención en la parroquia. También los mayores querían escucharlo, y acudían en masa los domingos. El nuevo auditorio lo obligó a modificar ligeramente el método de enseñanza. Después de explicar el texto de la lección del día, por medio de preguntas concisas, sencillas y al alcance de las inteligencias menos dotadas, sacaba algunas conclusiones morales y las aplicaba a la vida concreta. Exponía luego algunas consideraciones encaminadas a conmover el corazón y llevarlo a la práctica de la virtud. Cualquiera que fuese el tema de la catequesis, siempre sacaba aplicaciones prácticas para cada estado, edad y condición, de modo que hacía exclamar a los habitantes de Lavalla: “Tiene para todos; nadie sale sin haber recibido la respuesta adecuada.”



<sup>1</sup> El nombramiento del Padre Champagnat está fechado el 12 de agosto de 1816 (AAL, reg. de poderes, citado en OME, doc. 16, pág. 67).

<sup>2</sup> La ortografía actual es La Valla. El censo de 1820 le asigna 2423 habitantes. Bessat (con cerca de 350) formaba entonces parte de Lavalla, aunque se hallaba a ocho kilómetros.

<sup>3</sup> Una cruz roja, en la parte inferior del pueblo, en el punto en que confluyen los caminos de Marlhès y Saint-Chamond, señala el lugar tradicional de esta oración del Padre Champagnat (cfr. La historia de esta cruz apareció en L'Écho de La-Valla-en-Gier, n.º 167, noviembre de 1927).

<sup>4</sup> Cuando Bessat accede a ser parroquia y municipio en 1830, el número de habitantes de Lavalla desciende a 2039 (censo de 1836). Cuando escribe el Hermano Juan Bautista, en 1856, la cifra asciende a 2269.

<sup>5</sup> Sobresalía el espíritu de austeridad. Por ejemplo, la familia Rivat, del Hermano Francisco, observaba minuciosamente no sólo la abstinencia, sino también el ayuno, especialmente a lo largo de la cuaresma (Notas manuscritas del señor David, sobrino del Hermano Francisco).

En cambio, en lugares más alejados de la iglesia, como Bessat, frecuentemente bloqueados por la nieve y con caminos en condiciones pésimas, se comprende que predominara la ignorancia, incluida la religiosa. El Padre Champagnat, en su carta al rey Luis Felipe, de fecha 28 de enero de 1834, escribe: "Enviado a una parroquia rural, lo que puede ver con mis propios ojos me hizo sentir más vivamente la importancia de formar algunos maestros" (LPC 1, doc. 34, pág. 99).

<sup>6</sup> Véase nota 1 del cap. VII.

<sup>7</sup> El Padre Champagnat seguía el ejemplo del señor Gardette, rector del seminario mayor, que concedía gran importancia a la celebración digna de la liturgia. Para el conjunto del reglamento del Padre Champagnat, consultar A. BALKO, "La evolución espiritual de Marcelino Champagnat", en BI XXX, número 217, pág. 387 y ss. Traducción española en Marcelino Champagnat. Volviendo a las fuentes, pág. 83. Provincia Marista Norte, 1983.

<sup>8</sup> Es costumbre que transmitirá los Hermanos al prescribirles una hora diaria de estudio religioso (Regla de 1837, cap. II, art. 38 pág. 25).

<sup>9</sup> Desconocemos los horarios de misas de Lavalla. Sin embargo, tenemos conocimiento de los de Marthes y se conserva un "Memorial de costumbres religiosas", que indica que los domingos se celebra la primera misa al salir el sol (Archivos de la casa parroquial).

<sup>10</sup> Siguiendo las advertencias del Padre Favre, Superior General de los Padres Maristas (OM 2, doc 757, págs. 763-764) y las observaciones del señor Esteban Bedoin, párroco de Lavalla, desde la publicación del libro (AFM, 151/1, nota 1), este párrafo fue sustituido por el siguiente: "El mismo párroco recordaba más tarde el hecho, y añadía: el comportamiento del señor Champagnat era tan ejemplar e intachable, que a lo largo de los ocho años que lo tuve de coadjutor, y aunque estaba muy pendiente de él por darle gusto, nunca hallé el menor motivo para reprocharle de nada que se pudiera llamar falta. Muy al contrario, a menudo me vi en la obligación de moderar su pasión por el trabajo y su espíritu de mortificación. Si lo hubiera dejado, habría pasado gran parte de la noche embebido en el estudio o en la oración y se habría entregado a privaciones en la comida que hubieran repercutido en su salud. Son los dos únicos puntos en que tuve que llamarle la atención Y debo advertirle que no era de los beatos testarudos que sólo se fían de las débiles luces de su espíritu, sino que recibió siempre mis observaciones con respeto y absoluta sumisión."

<sup>11</sup> "Cuanto puedo decir del Padre Champagnat es que lo traté frecuentemente. Era un hombre incomparable: muy austero consigo mismo, llevaba cilicio. Austero También con los demás, pero siempre por el bien de ellos. Manso, afable y siempre de buen talante con todos. Era el Padre del municipio de Lavalla. Hizo un bien incalculable en la comarca. Todos le veneraban" (Jean François Badard, CPO, fol. 275) J. F Badard era hermano del Hermano Bartolomé e hijo de Juan María, Sacristán.

<sup>12</sup> 1Co 9, 21-22.

<sup>13</sup> Desde finales de 1816, el señor Champagnat abre una escuela en Lavalla, en el caserío de Sardier: escuela mixta, de pago y confiada a un seglar (cfr. FMS, n.º 6, pág. 86, 1973).

<sup>14</sup> El Padre Bourdin es menos formal (cfr. OME, doc. 166 [1], pág. 437, nota 4).

<sup>15</sup> Cfr. AA., pág. 284.v

<sup>16</sup> Juan María, el penúltimo de los Rivat, nacido en 1805, cuya edad coincide con lo que aquí se cuenta.

<sup>17</sup> Nos encontramos probablemente a finales de 1816 o comienzos de 1817. Gabriel, por consiguiente, tenía ocho años.

## CAPÍTULO V

---

Marcelino Champagnat consigue renovar la parroquia por medio de sermones e instrucciones sencillas. Corrige los vicios y reforma los abusos. Solicitud y caridad para con los enfermos

No fue menor el bien que hizo el señor Champagnat con los sermones<sup>1</sup> que con las catequesis. En el púlpito se mostraba vehemente. Todo en él era elocuente: el ademán, la actitud recatada y piadosa, el tono de voz, la palabra vibrante y animada; todo contribuía a impresionar y conmover a su auditorio. Nunca subía al púlpito sin haberse preparado con el estudio y la oración.

Empezó por pláticas breves. La primera se limitó a unas sencillas consideraciones. Sin embargo, dejó embelesados a sus oyentes. Al salir de la iglesia, éste era el comentario unánime: “Nunca hemos tenido un sacerdote que predicase tan bien como éste.” Al extenderse esta opinión y sentimiento por la parroquia, las familias procuraban enterarse de cuándo iba a predicar y acudían todos, de modo que la iglesia siempre se llenaba. El tema habitual de sus homilias era las verdades eternas, como la muerte, el juicio, el infierno, la gravedad del pecado, la necesidad de salvar el alma y la desgracia de perderla. Trató este tema con tanta vehemencia que en más de una ocasión arrancó sollozos entre sus oyentes e hizo reflexionar a los pecadores más empedernidos. Sus palabras, claras, llenas de viveza y unción, impresionaron los ánimos y conmovieron los corazones.

A las lágrimas seguía el arrepentimiento, el pesar de haber ofendido a Dios, el deseo sincero de reconciliarse con él y servirlo fielmente en lo sucesivo. Muy pronto se produjo en toda la parroquia una maravillosa transformación. Se reavivó la fe, volvió a florecer la oración, se frecuentaron de nuevo los sacramentos..., la renovación fue general. Pero los frutos más abundantes, preciosos y duraderos fueron conseguidos por las instrucciones del señor Champagnat a los mayores. Casi todos hicieron confesión general con sentimientos del más vivo dolor. Fueron numerosas las confesiones generales; los frutos, incalculables hasta el punto de que cambió la faz de la parroquia. Las conversiones iniciadas en sus homilias las completaba en el tribunal de la penitencia. Era indescriptible la ternura de su corazón para con los penitentes. Les hablaba con tanta dulzura, caridad y viveza que a menudo terminaban arrasados en lágrimas. Sus palabras tenían especial eficacia para inspirar horror al pecado, huida del vicio y estima de la virtud. “Es de *Rozet*<sup>2</sup>, decían; por eso sus palabras son suaves y agradables como las *rosas*.”

Sin embargo, estas exhortaciones, que ellos consideraban tan suaves, no pretendían halagar a los pecadores. Muy al contrario, movían el corazón al arrepentimiento, al horror al pecado, al deseo de liberarse de la culpa y a tomar la firme determinación de renunciar a ella para siempre. Y hemos de destacar que si todos los que se convirtieron perseveraron en la práctica de la virtud.

Antes de su llegada a Lavalla, algunos feligreses llevaban mucho tiempo sin confesarse. Gran número se limitaba a hacerlo por Pascua y a cumplir con sus deberes religiosos de tarde en tarde. El señor Champagnat tuvo la satisfacción de convertir a los primeros y de reanimar la fe de los demás. Les habló con tanta convicción y fuerza de los infinitos bienes que recibimos acercándonos a Jesucristo, y que nos transmite a través de los sacramentos, que muy pronto los confesonarios se vieron asediados y se cuadruplicaron las comuniones mensuales. Y como la mayoría de los feligreses acudía a él<sup>3</sup>, los sábados, domingos y fiestas litúrgicas más importantes se veía obligado a pasar en el confesonario hasta muy entrada la noche. Los Domingos y días festivos llegaba a la iglesia muy temprano. Y ya lo esperaba una multitud de penitentes. Se sentaba en el

confesonario para atenderlos y no salía hasta las once para celebrar la misa cantada, seguida siempre de las vísperas<sup>4</sup>.

La costumbre de cantar las vísperas después de la misa mayor le sugirió la idea de implantar por la tarde un breve acto litúrgico para los vecinos de Lavalla y los que vivían cerca de la iglesia. Este ejercicio, aprobado por el señor párroco, consistía en el canto de completas, oración de la tarde y lectura espiritual, seguida de algunas reflexiones. Como el señor Champagnat ponía entusiasmo en todo, pronto casi todos los vecinos del pueblo asistían a este ejercicio. Las lecturas, exhortaciones y consideraciones sencillas, variadas y siempre emotivas, fueron probablemente el elemento que más contribuyó a formar en la piedad y en la virtud a gran número de fervorosos cristianos que fueron modelo y gloria de la parroquia. En esas pláticas familiares descendía a los más pequeños detalles de los deberes del cristiano y de las prácticas de piedad destinadas a santificar los actos ordinarios de cada día y hacerlos meritorios para el cielo. Veamos algunos ejemplos<sup>5</sup>:

“Queridos hermanos, les decía un domingo, nos encontramos en la época de las faenas más duras del campo. Los días son largos; el calor, agobiante. Salís al trabajo muy de madrugada y no regresáis hasta entrada la noche. Os agotáis, sudáis todo el día. ¡Cuántos méritos podéis acumular para el cielo! ¡Qué gratos podéis ser a Dios y cuántas gracias podéis atraeros con sólo santificar esos actos y trabajos! Y ¿qué tenéis que hacer para eso? Ofrecérselos a Dios por la mañana; unir vuestros sufrimientos a los del divino Salvador. Antes de iniciar la jornada, y siempre que os acordéis a lo largo del día, ofreced a Dios vuestro trabajo diciendo: *Dios mío, quiero realizar esto y soportarlo para hacer tu santísima voluntad, imitar a Jesucristo, reparar mis pecados y merecer tu gracia; para que me concedas el paraíso y bendigas a mis hijos y a cuanto me pertenece.* Queridos Hermanos, haciendo esto, seréis auténticos cristianos y verdaderos hijos de Dios; vuestros trabajos se transformarán en oración continua; vuestros pasos, acciones y sudores serán tenidos en cuenta y no quedarán sin recompensa.

¡Qué grato se hará ante Dios quien así obre! ¡Qué méritos acumulará para la eternidad! ¡Qué gloria y recompensa le aguardan en el cielo! Ahí tenéis, queridos hermanos, el gran secreto para asegurar la salvación, alcanzar la recompensa eterna y haceros santos sin demasiado esfuerzo. Pues es evidente que el cuidado de ofrecer a Dios las acciones y los trabajos, no va a volver más penosa vuestra tarea; al contrario, se os hará más llevadero el trabajo, pues lo hacéis por amor de Dios. Y Dios, que es Padre bondadoso, os ayudará, confortará y consolará, os bendecirá y concederá la prosperidad en este mundo. Y, sobre todo, gozaréis de paz espiritual y tendréis la firme esperanza de que estos días azarosos serán seguidos de un descanso sin fin, y los sufrimientos pasajeros, recompensados con la eterna felicidad.”

En otra ocasión les decía:

“Queridos hermanos, os invito a que aprovechéis las ocasiones que os presenten para hacer alguna mortificación. Nos hallamos en la época de la recolección. Tenéis los frutos ante los ojos, en vuestras manos. Absteneos de tomarlos fuera de las comidas. No hay falta alguna en comer una fruta. Pero privarse de ella por amor de Dios y con espíritu de penitencia constituye un excelente acto de mortificación. Éste y otros actos de virtud similares, que podéis hacer a diario, como sobrellevar los defectos del prójimo, moderarse al hablar para evitar las faltas de caridad, etc., aparte de contribuir a refrenar las pasiones y preservaros del pecado, atraerán sobre vosotros gracias abundantes, os harán acreedores a la protección de Dios y os asegurarán una gran recompensa. Las pequeñas mortificaciones y los actos de virtud, considerados aisladamente, parecen una insignificancia, pero en su conjunto constituyen un auténtico tesoro.

Si hacéis dos o tres cada día, al cabo del año supondrán varios centenares. Y al final de la vida, aunque vosotros los hayáis olvidado, Dios, que no los echa en saco roto, los tendrá en cuenta y serán tantos que no podréis contarlos. Aprovechar las ocasiones que

se presentan de practicar la mortificación, es un modo seguro de santificaros calladamente, sin que nadie lo advierta, evitando así el riesgo de la vanidad.”

\* \* \*

En otra ocasión hablaba así a las madres de familia:

“Claro que queréis mucho a vuestros hijos. Os gustaría que fueran buenos y merecedores de las bendiciones divinas. Os sentiríais dichosas si un ángel os anunciara *que vuestro hijo iba a llegar a ser santo*. Pues bien, de vosotras depende: será santo si queréis que lo sea. En efecto, si lo educáis desde la más tierna infancia la piedad, os aseguro, en nombre de Dios, que llegará a ser un predestinado. Me diréis que es difícil educar cristianamente a un hijo, que os encantaría poder dar una excelente educación a los vuestros, pero que no sabéis cómo hacerlo. Os equivocáis: educar bien a un hijo es facilísimo para los padres. Lo vais a ver. Madres, ofreced diariamente a Dios el hijo que lleváis en brazos. Consagrádselo a la Santísima Virgen. Pedidle a la divina Madre que vuestro hijo sea bueno, que conserve su inocencia bautismal y se salve. De vez en cuando, acercaos al Santísimo Sacramento del altar para presentárselo a Nuestro Señor y pedid al divino Jesús, que tanto amó a los niños, que bendiga al vuestro y que le haga crecer en sabiduría y gracia como crece en edad<sup>6</sup>. Y cuando empiece a hablar, enseñadle a pronunciar los santos nombres de Jesús y de María, a rezar diariamente las oraciones por la mañana y por la tarde. Tenedlo cerca; evitad que se junte con malas compañías o vaya con quienes podrían escandalizarlo. Y dadle siempre buen ejemplo. Esforzaos por inspirarle extremo horror al pecado. Repetidle que cometer un pecado mortal es la mayor de las desgracias y que preferiríais ver quemarse vuestra casa a verle ofender a Dios. Habladle de la primera comunión y animadlo a que diariamente pida a Dios con alguna oración la gracia de hacerla bien. Los domingos, traedlo con vosotras a la iglesia, enseñadle a seguir la misa y asistir piadosamente a los actos litúrgicos como sabéis hacerlo. Ante todo, no dejéis de inspirarle una gran devoción a la Santísima Virgen. Acostumbradlo a dirigirle cada día alguna oración y a acudir a ella en todas sus necesidades con entera confianza. ¿Os parece difícil cuanto acabo de deciros? Seguramente que no. Pues es suficiente para educar cristianamente a vuestros hijos y asegurar su salvación. Un niño así educado no puede perderse. No, no, la Santísima Virgen no permitirá que se condene un alma que le ha sido consagrada con frecuencia; y si llega a descarriarse en algún momento de su vida, ella encontrará el medio de traerla al camino de salvación. Nuestro Señor no puede consentir que se extravíe y pierda su amistad y el cielo un niño para el que tantas veces se pidió su bendición. Se cuenta en el Evangelio que el divino Salvador tomó un día en sus rodillas a un niño, lo abrazó y lo bendijo. Pues bien, se dice que ese niño era san Marcial. La sola bendición de Jesús fue suficiente para lograr su salvación y hacerlo santo. ¡Cómo podéis dudar de la salvación de vuestro hijo si Jesús lo bendice a diario! No, no es posible. ¡Un niño que ha sido ofrecido a menudo a Jesús y María no puede condenarse!

Estas reflexiones causaron profunda impresión y al domingo siguiente se veía llegar a los padres acompañados de sus hijos pequeños y a las madres, de sus hijas.

\* \* \*

Otras veces atacaba con vehemencia en sus pláticas familiares u homilías los vicios, abusos y desórdenes más corrientes en la parroquia. La embriaguez, el baile, las reuniones nocturnas, el juramento, la blasfemia y la lectura de libros perniciosos fueron objeto de sus invectivas. Un medio muy eficaz que su celo le sugirió para acabar con las reuniones nocturnas y los bailes<sup>7</sup> que se organizaban en los caseríos en determinadas épocas del año, fue el ir a dar la catequesis al lugar donde precisamente se celebraban dichas reuniones. Cuando se enteraba de que iba a organizarse una velada (tenía gente comisionada para informarle), anunciaba desde el púlpito que iría a dar la catequesis al

caserío en cuestión. El solo anuncio bastaba en la mayoría de los casos para impedir la reunión, pues era muy respetado y temido. Un día, a su regreso de la iglesia, donde había permanecido confesando hasta muy entrada la noche, en vez de sentarse a cenar, dijo al Hermano que lo acompañaba:

- Me voy.
- ¿Adónde va, a estas horas, Padre?
- Voy a ver a un enfermo.
- Antes tendrá que cenar.
- No, no tengo tiempo.

Y como ya se disponía a salir, el Hermano se ofreció a acompañarlo. Él aceptó. El enfermo no estaba en peligro. Pero otro era el objetivo del señor Champagnat. Al volver de la iglesia, se enteró de que habían organizado baile en varios caseríos, pues era tiempo de carnaval. En el primero de ellos sorprendió a un grupo muy numeroso. Las canciones y el baile se hallaban en pleno apogeo. Después de quedarse a la puerta escuchando un instante, abre, entra bruscamente y, sin pronunciar palabra, se queda mirando severamente al grupo. Inmediatamente dejan de cantar y el baile se detiene.

Los que estaban sentados se ponen en pie y bailarines y espectadores se quedan estupefactos. Luego, desordenadamente se precipitan hacia puertas y ventanas para zafarse y huir de su mirada. Algunos, no pudiendo escapar rápidamente por la aglomeración, se echan al suelo y se esconden bajo las mesas. Sólo la propietaria de la casa se presenta instantes después y, con lágrimas en los ojos y las manos juntas, le pide disculpas diciendo que era la primera vez y que sería la última. El señor Champagnat le responde con el tono firme que le era tan natural: “¿Y a la primera se deja usted sorprender?”

Se dirigió luego a otras aldeas, y en una de ellas halló otro baile, que terminó como el primero. El regreso a Lavalla fue difícil, pues la noche era muy oscura, y malos y helados los caminos. Afortunadamente llevaba un bastón con el que podía tantear el camino, lo que no le impidió caer varias veces. Cuando llegó a casa, eran más de las doce. Y, como quería celebrar la santa misa, fue a acostarse en ayunas después de calentarse un poco<sup>8</sup>.

En otra ocasión se enteró de que por la noche iban a organizar un baile en un caserío muy apartado de la parroquia y se decidió a ir allá para impedirlo. Después de la oración de la noche y de haber señalado a la reducida comunidad el tema de meditación del día siguiente, dijo a un Hermano: “Me voy. Acompañeme.”

Lo acompañé, cuenta el buen Hermano. Y, aunque siempre me resultaba grato hacerlo, esta vez sólo a medias me satisfizo. El tiempo era infernal; caía una lluvia fría y helada y la noche era oscura como boca de lobo. Después de seguir un estrecho sendero por la ladera de la montaña durante un buen trecho, caí en un precipicio del que no podía salir. Por más que el señor Champagnat me indicaba formas de salir de aquel atolladero, no lo pude conseguir. Entonces bajó él mismo al hoyo en que me hallaba, me localizó entre las zarzas y después de ímprobos esfuerzos consiguió sacarme de allí y volverme al camino. Cuando llegamos cerca de la aldea, algunas personas advirtieron nuestra presencia; los ladridos de los perros dieron la alarma y la reunión se disolvió enseguida. El señor Champagnat dio media vuelta y comentó: “Alegrémonos, Hermano, por haber evitado que Dios sea ofendido. San Juan Francisco Regis afirmaba que se habría sentido feliz y bien pagado de cuanto había sufrido a lo largo de su vida recorriendo los pueblos, si con todos sus trabajos, esfuerzos y sufrimientos hubiera podido evitar un solo pecado mortal. ¿Cómo vamos a quejarnos nosotros por habernos mojado, haber tropezado varias veces contra las piedras y haber caído por torpeza en un hoyo y habernos arañado las manos? Más bien hemos de agradecer a Dios que nos ha otorgado la gracia de sufrir<sup>9</sup> algo por él y de haber sido útiles al prójimo.”

Tronó desde el púlpito con tanta vehemencia contra estos desórdenes, trabajó tanto con los jóvenes y con sus padres que consiguió acabar totalmente con estas reuniones nocturnas.

Otro de los vicios que más le costó desarraigar fue la embriaguez. A fuerza de ruegos y consejos y de amenazar con los castigos de Dios, consiguió también eliminarla. Las cantinas, hasta entonces abarrotadas por la noche, se quedaron vacías y nadie se atrevía a entrar a comprar ni siquiera durante el día. Cuando no conseguía cortar los abusos o corregir cualquier otro vicio con las exhortaciones desde el púlpito, iba personalmente al encuentro de los interesados a sus propias casas y les suplicaba, rogaba e incluso amenazaba hasta arrancarles el propósito de cambiar de conducta.

Se propuso también purgar la parroquia de malos libros, y lo consiguió. Se destruyeron todos los malos libros y fueron reemplazados por obras excelentes de religión y de piedad<sup>10</sup>.

Fundó una biblioteca para proporcionar buenos libros a quienes tenían afición a la lectura. Se encargó personalmente de distribuir los libros a los jóvenes para tener ocasión de darles buenos consejos, orientarlos en la lectura y mantenerlos en la piedad y la práctica de la virtud. Montar esta biblioteca le exigió sacrificios. Pero cuando se trataba de hacer el bien o de evitar el mal, nunca reparaba en lo que pudiera costarle y entregaba con gusto cuanto tenía. En sus giras y visitas parroquiales conseguía hábilmente que la gente le enseñara los libros que guardaba en sus casas. Si encontraba alguno malo o sospechoso, se lo llevaba. En cierta ocasión reunió tal cantidad que pudo mantener encendida la estufa de su habitación más de un día entero. No sólo se contentaba con prestar libros, con frecuencia los regalaba. Y, al entregárselos al jefe de la casa, lo animaba a leerlos o a que los leyera en familia. A veces él mismo leía unos párrafos delante de todos y añadía en forma de conversación una sencilla explicación de acuerdo con el tiempo y las circunstancias.

\* \* \*

Pero lo que le resultó más penoso y donde su celo resplandeció con mayor esplendor fue quizá la visita a los enfermos y el afán por administrarles los sacramentos. Estaba siempre disponible, de día y de noche, para acudir a donde lo llamaran. A veces, ni siquiera esperaba a que vinieran a buscarlo. Cuando se enteraba de que había un enfermo, iba a visitarlo. Nada le arredraba, ni las inclemencias del tiempo, ni la lluvia, ni la nieve cuando había que llevar los consuelos de la religión a un enfermo.

Durante el invierno de 1820, le comunicaron que una pobre anciana se moría sin confesión porque el tiempo era malísimo y había tal cantidad de nieve que el párroco no se atrevía a ir a verla. El tiempo era realmente horrible y nadie se atrevía a salir de casa. Un viento a ráfagas arrastraba torbellinos de nieve tan densos que no se alcanzaba a ver más allá de cinco metros y había borrado todo rastro de camino. El señor Champagnat, impertérrito ante los peligros que iba a correr, sale al punto y va a confesar a la enferma que se encontraba a unas dos leguas<sup>11</sup> de Lavalla. Fue una dicha para ella, pues murió a poco de ser administrada. “Nunca vi al señor Champagnat tan satisfecho y alegre como ese día, refiere el Hermano que recuerda el hecho. No acababa de dar gracias a Dios por haber llegado a tiempo de llevar a esa mujer el consuelo de los últimos sacramentos. Pero al mismo tiempo le agradecía también por haberle librado del peligro, ya que, en verdad, se había asustado ante el enorme riesgo que corrió. Luego, como bromeando, decía: “Si Dios no hubiera estado con nosotros, si no nos hubiera ayudado, no lo habríamos conseguido.”

En otra ocasión, el sacristán<sup>12</sup>, hombre robusto y de fuerte constitución, a causa del mal tiempo que hacía, se negaba a acompañarlo para llevar el viático a un enfermo: “Ánimo, amigo mío, le dijo el señor Champagnat, Dios nos ayudará.” Buena falta le hacía, efectivamente, y pronto iba a comprobarlo el pobre sacristán. El suelo estaba

cubierto de varios palmos de nieve. Los caminos habían desaparecido, de modo que era de todo punto imposible distinguirlos. El sacristán, a pesar de conocer bien la región, se confundió y fue a caer en una acequia llena de agua de donde no habría salido de no ser con la ayuda del señor Champagnat. Ya fuera de peligro, le rogó que no divulgara el percance. De regreso a casa, se metió inmediatamente en cama para entrar en calor y evitar una enfermedad. El señor Champagnat, temiendo que el incidente pudiera tener desagradables consecuencias para la salud del buen hombre, fue a visitarlo poco después. Al verlo en cama, le dijo riendo:

- ¿Qué le ha pasado? ¡Si hace apenas unas horas le dejé en perfecto estado de salud!

- Déjese de disimulos, respondió el sacristán. Creyendo que no podría guardar el secreto, lo he contado todo. Ruegue por mí para que no enferme a causa del chapuzón. Me prometió usted que Dios me ayudaría, y ya ve, me he mojado de pies a cabeza.

- Y se lo vuelvo a repetir, le respondió el señor Champagnat; no tema, Dios lo protegerá; y si le ha hecho pasar por agua, ahora le hará pasar por el fuego<sup>13</sup> que todo lo cura.

En cuanto lo llamaban para asistir a cualquier enfermo, el señor Champagnat dejaba toda ocupación para volar en su auxilio y se apresuraba para llegar a tiempo. "En tales circunstancias, dice ingenuamente alguien que hablaba por experiencia, si el sacristán era un hombre robusto y de fuerte constitución, podía seguirlo, aunque sus sudores le costaba. Pero cuando el que le acompañaba era un muchacho de quince o dieciséis años, como a veces sucedía, el pobre chico quedaba baldado."

Después de haber administrado al enfermo, solía aprovechar la ocasión para dirigir a los presentes una corta pero conmovedora plática sobre la necesidad de prepararse a bien morir, sobre la caducidad de las cosas de aquí abajo o sobre otro tema relacionado con el tiempo y las circunstancias. En más de una ocasión, los pecadores se sintieron tan conmovidos por sus exhortaciones que se convirtieron y pidieron confesarse.

No se conformaba con visitar una o dos veces a los enfermos para confesarlos, sino que lo hacía a menudo para prepararlos a la muerte y para inspirarles sentimientos adecuados a su situación. Como era tan bueno y hablaba siempre de Dios con mucha unción, sus palabras y su presencia suponían un motivo de consuelo para los enfermos.

Un día salió a las cinco de la madrugada para confesar a los enfermos y prepararlos al cumplimiento pascual. Después de confesar a todos los del barrio, dedicó el resto del día a recorrer los caseríos en busca de los que aún no se habían confesado. Si no los encontraba en casa, iba a buscarlos al campo o al monte. Les hablaba con tal mansedumbre y les animaba con tales palabras, manifiesta el Hermano que lo acompañaba, que nadie rechazó sus ruegos y súplicas. Al contrario, todos le prometieron ir a su despacho y así lo hicieron. Al día siguiente y en los sucesivos fue a otro lugar de la parroquia para repetir lo mismo con los enfermos y pecadores empedernidos.

También eran frecuentes sus desplazamientos para restablecer la paz y concordia entre familias o vecinos. Como se había ganado la confianza y el aprecio de todo el mundo, con gusto lo tomaban como árbitro de las diferencias que surgían en la parroquia. ¡Cuántas veces restableció la armonía familiar, reconcilió a los enemigos, corrigió o terminó con viejas rencillas y devolvió al cumplimiento del deber a quienes se quejaban de su párroco so pretexto de no estar de acuerdo con su forma de obrar! Su espíritu conciliador, su carácter alegre, sus ademanes sencillos, suaves y afables le ganaban la simpatía de todos, y tanto los buenos como los malos lo querían y recibían gustosos, o al menos sin gran dificultad, sus advertencias y consejos, y hasta sus reprimendas.

Tenía el don, poco frecuente, de agradar hasta cuando corregía<sup>14</sup>. Como el hábil médico que, al tener que recetar medicinas desagradables, las endulza lo más posible, así

él daba siempre un giro positivo a sus reproches con una palabra de disculpa, de elogio o de aliento. De este modo consiguió que la gente aceptase los propios errores y las consecuencias del mal obrar, sin sentirse herida en su amor propio.

En sus correrías se encontró un domingo a un hombre que estaba afilando su guadaña. Le recordó que ese trabajo, por ser servil, no estaba permitido en aquel día. El buen hombre dejó al punto su trabajo y ya se disponía a retirarse, cuando el señor Champagnat, para suavizar el reproche, le dijo:

- Amigo mío, seguramente no sabía usted que obraba mal y estoy convencido de que, si supiera que cometía una falta, no hubiera hecho ese trabajo.

- Desde luego que no, le respondió el buen aldeano, encantado de modales tan delicados. Y le aseguro que no volveré a hacerlo.

Cuando regresaba de esas fatigosas correrías, se hallaba, de ordinario, empapado de sudor y agotado de cansancio. Sin embargo, en lugar de descansar, se ponía inmediatamente al trabajo sin tomar siquiera un refrigerio. Tampoco solía aceptar nada en casa de los vecinos, a no ser por necesidad o por razones poderosas.

De su fatigas y trabajos y de lo que tuvo que sufrir a lo largo de los ocho años que estuvo como coadjutor al servicio de la parroquia de Lavalla, nos da idea exacta una frase que dejó escapar en cierta ocasión. Paseando una tarde con uno de sus íntimos amigos por los montes de Pila, al atravesar la demarcación de la parroquia, echó una ojeada sobre la comarca que había cruzado en todos los sentidos, y deteniéndose de pronto, exclamó: "¡Cuántos pasos he dado por estos montes! ¡Cuántas camisas he empapado por estos lugares! Creo que si pudiera reunir el sudor que he vertido en mis correrías por estos valles, tendría suficiente para tomar un baño!" Y añadió: "Pero si he sudado tanto, también me queda la grata satisfacción de que, gracias a Dios, ningún enfermo se murió sin que llegara a tiempo para atenderlo en sus últimos instantes. Ése es para mí uno de mis mayores consuelos."

◆  
<sup>1</sup> Cfr. A. BALKO: "El Padre Champagnat en sus enseñanzas y sermones inéditos", BI, n.º 215, 1972, págs. 73-86 y BI, n.º 166, 1957, págs. 453-468.

<sup>2</sup> Los mapas actuales utilizan esta ortografía. En el Instituto se ha adoptado más bien la de Rosey.

<sup>3</sup> Testimonio con motivo del proceso de beatificación: "El Padre era un excelente confesor, muy estimado por los fieles. No creo que haya sido severo. Era más bien un buen padre, que lo hacía todo con serenidad y gran comprensión para con los pecadores" (cfr. Rvdo. D. Pedro Luis Mallaure, CPA, pág. 414).

<sup>4</sup> Los feligreses de los caseríos alejados no hubieran podido regresar a la iglesia por la tarde para celebrar esta hora del oficio.

<sup>5</sup> El Hermano Juan Bautista compone bastante libremente los sermones que va a citar. No conservamos el manuscrito correspondiente.

<sup>6</sup> Lc 2, 52.

<sup>7</sup> Por entonces no sólo el clero se oponía a la vals. El 8 de julio de 1807 leemos en el Diario de París: "Hace tiempo que los padres, las madres y todas las personas sensatas levantan su voz contra el vals. J.J. Rousseau dijo que jamás consentiría a su hija o su mujer bailar el vals. Ningún baile, como éste, llega a hacer perder la cabeza a las mujeres y a encender sus pasiones".

El Padre CHAMPAGNAT, evidentemente, compartía las ideas de su tiempo. Desencadenó la campaña contra el baile en Lavalla (cfr. P. ZIND, Siguiendo las huellas del P. CHAMPAGNAT, vol. 1, pág. 59).

<sup>8</sup> La ley del ayuno eucarístico no permitía tomar ni una gota de agua desde la media noche anterior.

<sup>9</sup> Hch 5, 41.

<sup>10</sup> Esta época se distinguió por una intensa difusión, a través de buhoneros, de las obras de los filósofos, en especial de Voltaire. Con frecuencia, durante las misiones populares, se dedicaba un día a la quema de libros nocivo.

<sup>11</sup> Esta observación nos autoriza a pensar que se trata de la parroquia de Tarentaise.

<sup>12</sup> Sin duda, Juan María Badard, padre del Hermano Bartolomé. Al nacer Bartolomé (1804) se le llama “fabricante de clavos”. Pero más tarde (1808, 1817, 1825) figura en los registros de Estado Civil como “monaguillo (sacristán) de la parroquia”. El hermano pequeño de Bartolomé, Juan Francisco, dio su testimonio en 1886, y cuenta este mismo caso referido a su padre: “Caí en una poza (“boutasse”) helada, pero no tuvo consecuencias... Por entonces mi padre era sacristán” (cfr. Jean-Francois Badard, CPO, fol. 276).

<sup>13</sup> Sal 66, 12.

<sup>14</sup> Carta del P. Champagnat al Hermano Dominique, de 23 de noviembre de 1834 (LPC 1, doc. 49, pág. 128, y comentarios en BI, n.º 216, de 1974, pág. 231) (VF, pág. 155 y ss.)